

## CAPITULO 6º

## SUMARIO.

Acuerdo pontificio para la erección de la Mitra en San Luis.—Donativos para las bulas y ternas para la nueva silla episcopal.—Derrota y fusilamiento del Conde Raousset Bulbon.—Plebiscito ordenado por Santa Anna.—La revolución de Ayutla se extiende por toda la República.—El Batallón de Tres Villas.—El Gral. Comonfort en Estados Unidos.—A su regreso dirige la campaña en Michoacán.—El Presidente Santa Anna sale á batirlo personalmente.—Se retira del campo expresando los motivos.—El ejército permanente y el clero en su época de gran lujo y mayor influencia.—Los fueros y privilegios.—El ejército en las misas y en las procesiones.—La semana mayor ó Santa en San Luis.—Otras costumbres populares.

El día 3 de Junio del citado año llegó á San Luis la noticia de que la silla apostólica había acordado la erección de una Mitra en dicha ciudad. Hacía noventa años que el Ayuntamiento de la misma y otros varios de la Provincia habían hecho una solicitud en ese mismo sentido durante el reinado de Carlos III. Después se dirigió igual petición en los reinados de Carlos IV y de Fernando VII, y hecha la independencia se repitió varias veces principalmente en 1831 que la elevó con insistencia el Congreso del Estado.

Por la escasez que sufrían las rentas públicas el Gobierno y Comandancia general del Departamento apeló á la piedad de los potosinos para reunir la cantidad de mil doscientos pesos que se necesitaba para sacar las bulas de la chancillería. Se nombró una comisión que

colectara los donativos, y esa subscripción dió el resultado apetecido en mayor suma que la que se pedía. Remitida la cantidad al Ministerio de Relaciones, el Secretario de ese ramo libró las órdenes respectivas al Ministro mexicano en Roma, y pedidas por el Gobierno las ternas para la nueva silla episcopal le fueron presentadas las siguientes.—Por el Arzobispado de México, los Doctores D. Pedro Barajas, D. N. Quintana y D. Agustín Rada; y por la Mitra de Michoacán los Canónigos D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos y D. Ramón Pacheco, y el M. R. P. Fray N. Vázquez.

\*  
\* \*

El día 8 de Agosto se recibió en San Luis la noticia de haber sido derrotado y hecho prisionero en Guaymas el Conde Raousset Bulbon el 13 de Julio anterior, por el Comandante general del Departamento de Sonora D. José María Yáñez. Ese aventurero, al frente de 400 filibusteros alemanes y franceses, invadió al país por dicho puerto, defendido por el jefe mexicano mencionado con 300 hombres de las tres armas. Lo derrotó completamente haciendo prisionero al conde y á 200 hombres de los piratas que mandaba, recogiendo cinco banderas y gran número de armas. Raousset fué juzgado en consejo de guerra y fusilado el 12 de Agosto, y de los demás prisioneros unos sufrieron igual pena y otros fueron indultados por el Gobierno general.

\*  
\* \*

En circular expedida por el Ministro de Gobernación se hizo saber á la República, que no obstante que la voluntad nacional había sido tres veces favorable á S. A. S. el General Presidente, deseaba éste consultarle de nue-

vo, para continuar en el poder ó para dejarlo en otras manos si la Nación no creía ya necesarios sus servicios. Se mandó que el 1.º de Diciembre se reunieran juntas populares bajo la presidencia de los Gobernadores, Prefectos, Subprefectos y demás autoridades políticas respectivas, á cuyas juntas debían concurrir todos los mexicanos de cualesquiera clase y condición que fueran, estando en el pleno ejercicio de sus derechos. Se les respetarían sus opiniones en ese acto solemne, y expresarían libremente su voluntad sobre los dos puntos siguientes: 1.º "Si el actual Presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella, con las mismas facultades que hoy ejerce," y 2.º "En caso de que no continuase ejerciendo las amplias facultades con que en la actualidad se halla investido, á quién entrega inmediatamente y desde luego el mando."

Las actas debían ser enviadas directamente por los Gobernadores al Presidente del consejo de Estado, quien las conservaría en su poder hasta el 1.º de Febrero de 1855, en cuyo día abriría dictamen una comisión del mismo cuerpo declarando cuál era la voluntad nacional.

Ese plebiscito se realizó en todas las poblaciones del Departamento de San Luis, con excepción de aquellas que ocupaban los sublevados de la Sierra Gorda. Por supuesto que muy raro fué el que tuvo valor de negar su voto á Santa Anna, pues en todos los pueblos las autoridades convocaron á los empleados y á los ciudadanos que por temor ó deferencia con ellas darían su voto por la continuación de Santa Anna en el poder. El número de votos del Departamento de San Luis ascendió á 11,795.

Llamado á otro servicio el Gral. D. José Ignacio Martínez lo reemplazó en los empleos de 2.º cabo de la Comandancia y Prefecto del Distrito de la capital el Gral. D. Pánfilo Barasorda, y este señor substituyó á su vez en el Gobierno y Comandancia general del Departamento al Sr. D. Anastasio Parrodi, la corta temporada que estuvo enfermo á fines del año.

La revolución de Ayutla se extendía por toda la República, al paso que el gobierno de Santa Anna se debilitaba física y moralmente. En Tamaulipas la secundó el Lic. D. Juan José de la Garza, con cuyo motivo situó el Gobierno en San Luis una fuerza respetable para cuidar de esta plaza y emprender la campaña en aquel Departamento.

Entre los cuerpos que llegaron de México, vino el Batallón ligero de Tres Villas mandado por el Gral. Coronel D. Francisco Tamariz, y del cual era Teniente Coronel D. Luis G. de Osollo, á cuyo jefe encontraremos más adelante figurando en primer término entre los defensores del partido conservador.

Escasos de armamento los revolucionarios del Sur, emprendió un viaje el Gral. D. Ignacio Comonfort á San Francisco California y á Nueva York, con objeto de agenciar un empréstito y proveerse de los elementos necesarios de guerra. En la última ciudad escribió en algunos periódicos desmintiendo las noticias desfavorables á la revolución que hacía circular el Gobierno de Santa Anna, y rectificando las que la prensa americana consignaba en descrédito de la Nación. El Sr. Comonfort observó una conducta altamente patriótica, rehusando hacer negocios onerosos al erario de México, y ya se disponía á regresar al país sin los elementos que había ido á buscar, cuando le ofreció espontáneamente su eficaz ayuda un amigo suyo, el Sr. D. Gregorio Ajuria. Con los recursos que este señor le proporcionó compró armas, municiones y víveres, cargó un buque con esos efectos, y se dirigió á Acapulco, á cuyo puerto llegó el día 7 de Diciembre. Dejó encomendada la campaña de Guerrero á otros jefes y él se pasó al Departamento de Michoacán saliendo á batirlo en persona por segunda vez el Presidente D. Antonio López de Santa Anna.

En esa campaña no fué el dictador más afortunado que en la del Departamento de Guerrero. Jamás podía dar alcance á las diversas partidas de pronunciados que

expedicionaban en el Sur de Michoacán. Las marchas y contramarchas destruían las tropas regulares del Ejército, y el clima y las fatigas se encargaban de diezmar los batallones sin necesidad de que los sublevados presentaran batalla; hasta que aburrido el Gral. Santa Anna de la burla que le hacían sus enemigos, resolvió regresar á México manifestando oficialmente que no podía continuar aquella guerra con enemigos que no entraban en combate, que él había ido á pelear con éstos y no con los elementos de la naturaleza.

En los años de 1853 á 1855 se esmeraron el clero y el ejército en hacer patente el poderío de sus respectivas instituciones. A esas privilegiadas clases debía su existencia el Gobierno de Santa Anna, y este General que fué tan afecto á ejercer la dictadura, á emplear un lujo deslumbrador y á todo acto de gran aparato, aunque tuviera que descender á ridículas farsas, correspondió á los que le habían elevado al mando supremo de la Nación poniendo al ejército bajo un pie de fuerza y lujo como jamás se había visto en tiempos de paz; y al clero le impartió toda la protección y apoyo que estuvo en su mano para robustecer su influencia aún en los actos del mismo Gobierno. Protegió en ambas clases la práctica estricta de los fueros y privilegios de que disfrutaban, siendo esto causa muchas veces de que militares ó individuos del clero cometieran graves faltas y delitos del orden común, en la confianza de que estaban substraídos de la acción de los tribunales ordinarios.

El ejército atortolaba al pueblo con sus ejercicios paseos y evoluciones militares; y el clero, que todavía estaba en posesión de sus inmensas riquezas, revestía de gran solemnidad los actos religiosos, principalmente los relativos al culto externo.

En San Luis, que siempre había de guarnición dos ó tres cuerpos de los más floridos del ejército, acostumbraban los respectivos jefes llevar á sus soldados á las misas á que por lo común concurrían las principales fa-

milias de la ciudad, en los templos del Carmen, San Francisco y San Agustín. Los batallones iban con su música y vestían el uniforme de gala, mandados por los segundos ayudantes y asistían á la misma misa el Coronel, el Teniente Coronel y toda la oficialidad vestidos también de riguroso uniforme, á cuyos jefes y oficiales les preparaban asientos en los presbiterios. Al salir, el sacerdote tocaba la corneta un punto de atención, cuadrándose los soldados descansando sobre las armas; en el Evangelio el toque era "armas al hombro;" en el Prefacio se tocaba á "presentar las armas," y en la Elevación á "arrodillarse los soldados," rindiendo las armas. Después de consumida la hostia, se daban los toques respectivos para ponerse en pie, echar armas al hombro y luego descansar sobre ellas, en cuya actitud permanecían hasta concluida la misa, y á toque de corneta, salía la tropa de la iglesia.

Durante la misa tocaban las músicas militares escogidas piezas clásicas, y acompañadas por las respectivas bandas batían marcha á la hora de alzar. Después salían los cuerpos á pasear por las calles de la ciudad, luciendo sus uniformes y músicas hasta las doce del día que se retiraban para sus cuarteles.

Cuándo la guarnición era muy numerosa, ó que había en San Luis algún grueso cuerpo de ejército como en los años de 1845 á 1847, y en los de 1857 á 1859, entonces las misas para la tropa eran en las plazas públicas, á cuyo fin se improvisaban altares en el atrio de la Parroquia, en el de San Juan de Dios ó en el de la Compañía, y allí concurría el ejército por brigadas ó divisiones, alternándose las músicas durante el Santo Sacrificio, y con las mismas formalidades y toques militares que hemos referido.

En las procesiones solemnes á las que asistían las autoridades superiores, política y militar y el Ayuntamiento abriendo sus mazas, marchaba en columna de honor tras de la comitiva oficial, un cuerpo ó una brigada, á

paso de marcha, que ahora hemos observado que ya no está en uso, lo mismo que llevar las armas á la funerala en los entierros de los jefes, lo que en aquella época sí se acostumbraba, en esos actos y en la procesión del Santo Entierro el Viernes de la Semana Mayor.

El fuero de que gozaba el ejército, y esa frecuencia con que lo exhibían recogiendo honores y admiraciones del vulgo, hacían que los militares se creyeran superiores á los demás ciudadanos, de donde resultaba que los que no tenían una buena educación social, ó que eran jóvenes inexpertos y calaveras, se juzgaban autorizados para injuriar á cualquiera persona en una reunión decente, y aún para atentar contra la tranquilidad y honor de las familias.

El clero daba por su parte, como hemos dicho, inusitada pompa á sus actos religiosos, principalmente á las procesiones de Corpus-Cristi, *bajada y subida* de la Virgen de Guadalupe, Corpus de San Francisco, el Carmen, San Agustín y la Merced, y procesiones del jueves y viernes de la Semana Mayor.

Antes de describir esas procesiones, que en los años á que nos venimos refiriendo, eran ya suntuosas y revestidas de cierta gravedad y elegancia, recordaremos cómo se verificaban algunas de ellas en el siglo XVIII y en el primer tercio del XIX.

El Viernes de Dolores traían en la mañana, para la Parroquia, á una imagen de Cristo que se venera en la Iglesia del Montecillo bajo la advocación de "El Señor de la Misericordia," y en la tarde salía en procesión recorriendo las calles Sur y Occidente de la Plaza Principal, calle de la Cárcel, de la Escuela de Niños, entraba por la puerta del atrio de la Compañía que tenía vista al Oriente, penetraba al templo y salía por el de Loreto y la puerta del mismo atrio que veía al Sur, atravesaba la plazuela tomando la calle del Colegio de San José, volteaba por la de la Caja y volvía á voltear por las calles de San Francisco, entraba por la puerta del atrio que veía al

Norte y salía por la del Portillo que veía al Oriente, siguiendo las calles del frente hasta la esquina de la 5<sup>a</sup> de la Concepción, por donde volteaba recorriendo esa calle y las tres de la Merced; entraba al atrio como en los anteriores, por la puerta que veía al Norte y salía por la que veía al Oriente, siguiendo por todas las calles del Arenal hasta entrar al atrio y templo de San Agustín por las puertas del costado y saliendo por las principales, recorría las tres calles de San Agustín, atravesaba la plazuela del Carmen, entrando por la puerta principal de la Iglesia y salía por la del costado, seguía por el lado Norte de la plazuela, volteaba por la de la Capilla del Rosario, entraba á la Iglesia de San Juan de Dios por la puerta principal, salía por la del costado, seguía por las calles de Suárez y la Abogada, y finalmente recorría la 2<sup>a</sup> y 1<sup>a</sup> de la Parroquia para rendir en el mismo templo.

Acompañaban al Señor de la Misericordia en esa procesión las imágenes de Ecce-Hommo, Señor de la Columna, Jesús Nazareno, y seis ú ocho Cristos de diversos tamaños; adelante de todas las imágenes iba el signo de la Redención, y detrás del Señor de la Misericordia la Virgen de los Dolores enmedio de San Pedro y San Juan Evangelista.

El Domingo de Ramos era conducida en la tarde á la Parroquia la imagen del Señor del Refugio que se venera en la Soledad de los Ranchos, acompañada de otras imágenes que hay en el templo de aquella Villa. El lunes de la Semana Mayor salía dicha imagen en procesión recorriendo las mismas calles que dejamos apuntadas, y acompañada también de un Ecce-Hommo, un Señor de la Humildad, un Nazareno, una Virgen de los Dolores, diez ó doce Cristos y el signo de la Redención. Detrás del Señor del Refugio, iban la Virgen de la Soledad, San Juan Evangelista, San Pedro y la Magdalena.

Estas dos procesiones eran notables por la cantidad de devotos que alumbraban con cirios de cera, principalmente en la del lunes Santo. Llegamos á contar una

vez más de mil cirios que alumbraban al Señor del Refugio. Llegaban los primeros á la Iglesia de San Juan de Dios y la imagen todavía no salía de la Iglesia de San Agustín.

El martes Santo era dedicada la procesión al Ecce-Himno que se venera en la Parroquia, hoy Catedral. Esta procesión era la más humilde. Salían pocos santos y ninguno tenía el número de devotos que los de los días anteriores.

Con San Juan iban unos muchachos con túnicas blancas y unos bastones largos pintados, imitando cintas en que figuraba ir envuelto el bastón; y otros hombres con túnicas blancas y capfrotres caídos, cargaban la imagen.

El miércoles salía la procesión de San Sebastián y era dedicada á la imagen de Jesús Nazareno que hay en aquella Iglesia. La estación era larguísima. Entraba la procesión á la ciudad á las tres de la tarde por la calle real de aquel barrio, seguía toda la estación de la misma ciudad, después volvía á San Sebastián y recorría sus principales calles, entrando al templo generalmente entre las once y las doce de la noche.

A esta procesión la llamaba el pueblo "de los Cristos" porque además de las imágenes que salían, iguales á las de los días anteriores, de muchas casas del mismo barrio, y de los demás que rodean la ciudad, así como de los ranchos inmediatos, llevaban Cristos á San Sebastián para que salieran en dicha procesión, unos conducidos en andas y otros en las manos de los mismos devotos, reuniéndose de ochenta á cien Cristos, en el indicado acto religioso. Desde el siglo XVII hasta los primeros diez ó doce años del XIX, salían en las procesiones de los cuatro días que hemos referido, *las sibilas*, *las lobas* de caudas arrastrando, *los alquilonos* con vestidos talaes morados, capillos y antifaces que llevaban ajustados al rostro ó caídos sobre el pecho, y coronas simuladas de espigas. Junto á los santos ó debajo de las andas iba un hombre tocando en un pito de madera una sonata es-

pecial, que sólo se oía en esa clase de actos, y por delante de las imágenes de mayor veneración caminaba otro hombre arrojando incienso á los pies del santo. Anunciaba el paso de la procesión marchando adelante de ella un *alquilón* que tocaba de cuando en cuando una larga corneta de metal, á la que le sacaba sonidos raros y destemplados. En la procesión del miércoles salían además Absalón, Salomón y Judas golpeando un talego; un viejo enmascarado estiraba la carretilla de la muerte, y adelante de todos estos personajes iba el Diablo corriendo en distintas direcciones y azotando con un látigo á los muchachos que encontraba.

Una gran cantidad de vendedores de charamuscas formaba la vanguardia de la procesión, cuyos gritos para ofrecer la mercancía se confundían con los de las mujeres y los niños que los llamaban para comprar; y todos juntos con el sonido de la corneta y pitos, constituían el carácter peculiar de las fiestas de la Semana Santa.

La procesión del jueves Santo salía de la Iglesia de los Jesuitas, dedicada á la magnífica escultura de Jesús Nazareno, que hay en ese templo.

En toda la cuaresma había ejercicios espirituales en dicha Iglesia; en las tardes para mujeres y en las noches para hombres. En determinado momento de esos actos religiosos, las mujeres se pegaban con la mano en los carrillos hasta enrojecerlos, y los hombres, descubriéndose las espaldas, se aplicaban latigazos hasta rasgar la epidermis y brotar la sangre.

A esto se llamaba *penitencia*. Muchos de esos hombres traían ocultamente sobre la epidermis, todo el tiempo que duraban los ejercicios, una faja de áspero ixtle ó de cualquiera otra cosa mortificante, la que no se quitaban ni para entregarse al descanso ni para los trabajos ordinarios. Esto también lo hacían en señal de penitencia.

Todos esos ejercitantes salían el jueves en la procesión alumbrando los hombres á Nuestro Padre Jesús; se

uniformaban de camisa y calzón blancos, perfectamente limpios, corona de espinas y descalzos; sobre un hombro cargaban una cruz de madera más ó menos grande y pesada, y en la mano del otro brazo llevaban encendido el cirio de cera. Las mujeres alumbraban á la Virgen de los Dolores, pero éstas no se uniformaban ni llevaban cruz y corona. Cerca de la imagen de Jesús Nazareno, y enmedio de las filas de alumbradores, iban cuatro ó cinco niños de diez á doce años de edad cantando con intervalos los pasos de la Pasión, acompañados de una música convenientemente arreglada para producir cierta ternura y respetuoso recogimiento.

El viernes santo salía á las doce del día la procesión llamada de las Tres Caídas. Sacaban de la Parroquia una imagen de Jesús sin ningún adorno en las andas; asistían alumbrando todos los ejercitantes con la espalda y el pecho descubiertos, descalzos, con una soga pendiente del cuello, corona de espinas y cargando cruces. Esa imagen tenía goznes en la cintura y en los hombros; frente á los templos de San Francisco, San Agustín y San Juan de Dios, hacía alto la procesión y en un púlpito portátil subía un sacerdote á predicar. Al concluir, uno de los hombres que caminaban al lado del santo, tiraba de un cordel haciendo caer á Jesús. Otros acercaban al Cirineo para simular que éste levantaba á Jesucristo y luego seguía su ruta la procesión para la segunda y tercera caídas, después de las cuales regresaba á la Parroquia. El concurso de gente pobre á esta procesión era inmenso, y á cada caída de Jesús se veían correr las lágrimas de los asistentes; los ejercitantes flagelaban sus espaldas y de aquella muchedumbre se oían exclamaciones y gritos lastimeros. Las insolaciones y las fiebres hacían varias víctimas de esos devotos, toda vez que se verificaba ese acto religioso de culto externo, en las horas en que el sol del verano despacha sus rectos y abrazadores rayos sobre la tierra.

Entre dos y tres de la tarde se verificaba en el templo

de San Francisco, la ceremonia del descendimiento, predicando el sermón alguno de los oradores sagrados de más nota; á esa ceremonia asistían Caifás, los fariseos y otros jueces. Los fariseos, armados de lanzas, cuidaban el aposentillo. En la procesión del jueves Santo salían con lanza en ristre y en la del viernes arrastrándola, y los *alquilones* blancos con garrochas pintadas en líneas espirales. Terminada esa función de iglesia, salía la procesión del Santo Entierro, la que desde tiempo inmemorial arreglaba y pagaba el Ayuntamiento de la ciudad.

Después de esa función de iglesia se reunían las procesiones de San Miguelito y de San Juan de Guadalupe con la del convento de San Francisco. Del primer pueblo venían la imagen del Santo Entierro, de la Santísima Trinidad y del Santo Patrono San Miguel; y del segundo el Patrono San Juan Evangelista. Acompañaban á la segunda imagen los miembros de la Hermandad con sus túnicas coloradas y demás insignias. Delante de la procesión marchaba el centurión montado en un fogoso caballo, y con la visera calada. A su lado, un hombre tocaba en una tambora pausadas y monótonas sonatas. Un *alquilón* llevaba cargado al *cautivo*, vestido con saco de ixtle y grillos en los pies. Este pedía para los santos lugares y para la redención de cautivos. Las imágenes que salían en esa procesión eran las que dejamos referidas y además la del Santo Entierro, que se venera en San Francisco, y las de la Virgen de la Soledad y de la Magdalena. En la noche se verificaba en el mismo templo de San Francisco la ceremonia del pésame á la Virgen. Después fué en otras iglesias como veremos adelante.

En Tlaxcala se hacía el pretorio ó representación de la pasión. Lo más notable era que Judas llevaba sotana y bonete y que el Jueves Santo los que hacían de apóstoles se comían materialmente entre todos un borrego entero. El espía se presentaba vestido de azul y blanco, montado en un asno y tocando un pito; se aproximaba á

la capilla donde estaba el aposentillo, á poco aparecían los judíos haciendo oír ruido de cadenas, se acercaban y prendían á Jesús.

En el mismo pueblo de Tlaxcala, todavía por el año de 1826, salían el Jueves de la Semana Santa unos muchachos á quienes llamaban *Los encalados*; iban con sólo un taparrabo, el cuerpo pintado de blanco, y sobre él dibujados el sol, la luna, y las estrellas.

El sábado de gloria en la mañana se verificaban los oficios divinos en la Parroquia y otros templos de las Villas, como se observa hasta hoy, lo mismo que subsiste la costumbre de quemar algunos muñecos en las calles en los que se pretende representar al judas del apostolado, con la diferencia de que en aquellos tiempos la clase baja de la sociedad procuraba imitar en esos muñecos la efigie de alguna persona poco estimada en el barrio ó de alguna autoridad de pueblo que se hacía odiosa á los vecinos.

En la tarde eran conducidos en procesión para sus respectivos templos las imágenes de San Miguelito y de San Juan de Guadalupe, que el día anterior habían traído á San Francisco para acompañar al Santo Entierro de esa Iglesia. Esta era la última procesión de la Semana Mayor.

El Domingo de Pascua abrían sepulcros en algunos templos de las Villas; adornaban los bordes con flores y laurel y en una de las extremidades colocaban una sábana y una corona de espinas. Era la representación del Santo Sepulcro que se suponía acabado de abandonar por Jesucristo para subir al cielo. El pueblo se asomaba respetuoso queriendo encontrar en el fondo de la sepultura señales de la sangre derramada por Jesús, y el olor que la tierra húmeda despidе mezclado con el de las flores y el del incienso de la iglesia, lo tomaba el candor popular por aroma que había dejado el cuerpo de Jesucristo al salir de la sepultura.

Ese sepulcro era visitado todo el día hasta la hora de

ponerse el sol, y ya para cerrarlo, los hombres que lo cuidaban repartían entre los visitantes las flores y el laurel, dándose algunos casos de que el pueblo, no conforme con eso, se arrojara contra la sábana y la corona llevándose como reliquia los fragmentos de esos objetos que cada individuo podía arrebatarse.

El lunes siguiente, á las siete de la noche, volvía á su iglesia del Montecillo el Señor de la Misericordia y las demás imágenes que lo acompañaban; y el martes á las cinco de la mañana era también conducida procesionalmente la imagen del Señor del Refugio á la Villa de la Soledad.

Un gentío inmenso acompañaba á esa procesión. La noche del lunes se llenaba el atrio de la Parroquia en sus tres lados y todo el portal del Parián con la gente de todos sexos y edades que venía á pasar la noche en esos sitios en espera de la salida de la procesión. A las nueve de la noche casi todo ese pueblo dormía profundamente; y sólo interrumpía el silencio alguna riña que repentinamente se verificaba por efectos del alcohol; ó porque alguno de sueño inquieto ponía la planta de su pie en la boca de otro ó le estampaba en la cara el tacón de su zapato. La policía cumplía con su misión y aquellos que esperaban disfrutar de los goces acostumbrados en la romería de la Soledad, pasaban el día ó parte de él en el local de detenidos.

Gran número de familias, desde la clase elevada hasta la ínfima, pasaban el día en aquella Villa. Unos rentaban casas anticipadamente y otros iban con la procesión, ó antes ó después, á aventurar el encontrar alojamiento; los que no lo hallaban pasaban el día en los puestos de vendimias, en la Iglesia ó debajo de los árboles; pero era de rigor soportar cualquier contratiempo, y exponerse á contraer alguna enfermedad, con tal de no faltar á ese paseo sacro-profano, que hacía época en los anales de las fiestas religiosas del año.

Así como la mitad de los habitantes de San Luis se

trasladaba ese día á la Villa de la Soledad, así también se dirigía á ella una gran parte de la fuerza pública, para cuidar de la conservación del orden, y prevenir los delitos que pudieran cometerse; y sin embargo de las precauciones que la autoridad tomaba, el pulque y el mezcal hacían su oficio, dando algún quehacer á la policía y á los jueces del orden común.

En las fiestas de los santos patronos de las Villas suburbias, los vecinos adornaban las calles y casas los días del novenario y con más empeño el día de la función y Corpus. Ponían en las calles cordeles atravesándolos de acera á acera, y colgaban de ellos pañuelos, bandas, rebozos finos y tápalos. Las puertas y ventanas las cubrían con cortinas blancas ó sobrecamas de color; en las noches las luces en farolitos de vidrio ó hachones con ocote al frente de las puertas; de las canales y de los árboles de las cercas colgaban gallardetes, y de las primeras y de las azoteas zempazuchel, carrizos verdes y canastitas con flores naturales ó de papel. En la procesión de Tequisquiapám marchaba adelante un grupo de muchachos bailando la "*Danza de los caballitos*." Esos muchachos llevaban entre las piernas unos caballos de papel, andaban imitando el paso del caballo, cada dos ó tres cuabras bailaban la danza y hacían varios figurados al son de un pito y un tambor.

En Santiago se dividía el pueblo en dos bandos. De uno salía una caravana de moros y del otro una de cristianos. Desde las cuatro de la mañana recorrían las calles de sus respectivos rumbos al son de una chirimía que en cada boca calle lanzaba sonidos agudos y destemplados. El Jefe de cada caravana dirigía la marcha procurando no encontrarse con la contraria para evitar un conflicto, pero cuando ese jefe era algún moro ó cristiano imprudente, amigo de escándalos y riñas, buscaba al contrario el modo de que las caravanas se encontraran en la calle divisoria, y entonces se verificaban terribles combates entre los moros y los cristianos á

palos, pedradas y cuchilladas, de las que resultaban algunos muertos, heridos y contusos. Durante esos nueve días y siete ú ocho después, había corridas de toros dos ó tres veces á la semana en plaza improvisada frente á la puerta de la Iglesia. A esa plaza le dejaban un tramo sin cubrir como de tres varas en cuadro, recto á la misma iglesia, y la imagen de Santiago la colocaban en el presbiterio en dirección del mismo tramo abierto, para que desde allí presidiera y disfrutara de los toros.

El tiempo que duraba esa diversión servía de tregua á las hostilidades entre los moros y los cristianos, pero al terminar se retiraban unos y otros para sus respectivos rumbos. El día de la función era el señalado para el combate decisivo. Este se les permitía sin que hicieran uso de armas ó instrumentos ofensivos; en la misma plaza del pueblo era el encuentro, y los proyectiles con que se batían naranjas ó limas.

A lo mejor de la batalla aparecía Santiago apóstol montado en brioso corcel, armado de espada y lanza de cartón, no dejaba ni un moro con vida, y luego el repique, los cohetes y los vivas de los espectadores celebraban el triunfo de los cristianos.

Después de la misa clásica se reunían vencedores y vencidos, incluso los que habían sucumbido en el combate, que para esa hora ya habían resucitado, y debajo de grandes enramadas en una de las casas de los principales del barrio, comían alegremente el asado de res, cabrito al horno y los populares frijoles, ayudando á la digestión con el pulque compuesto y el colonche. En la tarde salía la procesión del corpus, á la que concurrían de todas las Villas y mucha gente de la ciudad.

En Tlaxcala y en San Miguelito había también danzas, vestidos los indios en traje de carácter, y el pito y el tambor no dejaban de oírse durante los nueve días en todas las calles de los pueblos.

Al empezar el segundo tercio del presente siglo ya habían desaparecido muchas de esas costumbres; que-

daban algunas en las fiestas de la semana santa, y en algunos pueblos suburbios que subsistieron hasta la prohibición del culto externo. Del año de 1830, poco más ó menos, en adelante, las procesiones del jueves y viernes de la semana mayor se verificaban en la ciudad de un modo más serio y decoroso. En la primera ya no salían alquilones, ni pitos ni chirimías; alumbraban á la imagen los ejercitantes y demás devotos, la música y cantantes en los términos que hemos referido; y tanto los acompañantes de la procesión como los espectadores, guardaban una actitud respetuosa que contribuía á la solemnidad imponente del acto.

En la misma tarde numerosos grupos de personas de todas clases recorrían las calles de la ciudad rezando las estaciones, y era de obligación que también lo hicieran los poderes y empleados civiles y militares. El Gobernador, acompañado de funcionarios de categoría, los militares francos, los empleados y el Ayuntamiento, todos rezaban las estaciones en voz alta, y con las cabezas descubiertas. El jueves santo era uno de los tres días del año en que los habitantes de la ciudad y la multitud de forasteros que venían á pasar á San Luis la semana mayor, estrenaban forzosamente un traje, un sombrero ó cualquiera otra prenda de ropa, según lo permitían los recursos de cada uno. Desde la hora de los oficios en la mañana, hasta muy avanzada la noche, lucían las señoras y los hombres elegantes y costosos trajes, porque era preciso adunar el lujo y la devoción.

En la noche el gentío se dedicaba á visitar los monumentos. Con poca diferencia todos los de los conventos y el de la Parroquia eran igualmente suntuosos, los templos severamente adornados é iluminados por millares de luces. Sólo las iglesias pobres como San Juan de Dios y la Capilla del Rosario presentaban más modestia en sus monumentos.

El viernes, todas las personas acomodadas y de medianas proporciones amanecían vistiendo riguroso luto.

Ya dijimos cómo se verificaba la procesión de las tres caídas en el siglo antepasado y en el primer tercio del pasado. En los mismos términos siguió saliendo después hasta la época que venimos registrando. La del Santo Entierro que salía en la tarde de San Francisco fué la que después del año de 1830 sufrió notables modificaciones. También dijimos que esa procesión era arreglada por el Ayuntamiento de la ciudad, cuyo cuerpo hacía los convenientes preparativos con la anticipación debida. Un mes antes salía una comisión del Ayuntamiento compuesta de tres consejales á solicitar donativos del vecindario para los gastos de aquel acto religioso. Vestían esos regidores riguroso uniforme y un empleado inferior de la Secretaría llevaba una gran bandeja de metal fino para recoger los donativos. Los gastos se hacían hasta donde era necesario, y si el producto de la colecta no los cubría, se pagaba el deficiente de los fondos del municipio.

Las imágenes de santos de las Villas de San Miguelito y San Juan de Guadalupe, eran acompañadas por cofradías y devotos de los mismos pueblos, y la del Santo Entierro de San Francisco por la crema de la sociedad elegante de San Luis. Allí se veían alumbrando desde el personaje más notable en la política, en las ciencias, en la banca y en el comercio, hasta el imberbe joven, pero todos lujosamente vestidos de riguroso luto y muchos portando los escapularios ó insignias de las hermandades ó cofradías á que pertenecían.

Asistían también las comunidades con los trajes tales de las respectivas órdenes religiosas. Seguía á la procesión la comitiva oficial compuesta del Ayuntamiento abriendo mazas, funcionarios civiles y militares, empleados y personas particulares que no querían ir entre los que alumbraban. A esa comitiva la presidía el Gobernador y tras de ella marchaba un cuerpo de infantería con armas á la funerala y la música tocando marchas fúnebres á la sordina.

En la noche se daba el pésame á la Virgen en alguno

de los templos de San Francisco, San Agustín ó el Carmen. Después del sermón salía la Virgen de la Soledad en procesión, alumbrada por las señoras y señoritas de la mejor sociedad en número respetable. Allí iba lo que tenía San Luis de más hermoso y honorable: los jefes de las familias, amigos y pretendientes de las jóvenes formaban doble ala á los lados de las bellas alumbradoras, para atenderlas y servirles en el largo trayecto que recorría la procesión, sin dejar de mezclar al recogimiento del imponente acto, algunas miradas tiernas y seductoras, ó deslizar por entre la rica mantilla algún billetito perfumado, escrito bajo las impresiones de los conmovedores recuerdos de la pasión y muerte del Crucificado.

De estas lujosas procesiones la más inmediata que seguía era la del Divino Pastor. Había dos estufas ó carruajes pertenecientes á la Parroquia de la ciudad, destinados para llevar el Viático á los enfermos. Tenían su construcción, pintura y adornos especiales, consistentes los últimos en una estatua de la Fe al frente del vehículo, un cordero en cada una de las portezuelas y en el respaldo un ojo en medio de resplandores.

El carruaje de menos lujo era para el uso diario. Según el número de enfermos que necesitaban el Sacramento de la Eucaristía, y la distancia á que estaban sus habitaciones, salía el Viático más ó menos temprano al caer la tarde; precedían al carruaje un hombre tocando una campanilla, otro con una mesa y ornamento para improvisar el altar en las casas de los pobres, y otros ocho ó diez con faroles grandes de vidrios colocados en la extremidad de un palo como de tres varas de largo. Esos faroles tenían adornos de flores. Tras del carruaje caminaba otro hombre llevando la voz en un rezo, que repetían las gentes que se agregaban en el tránsito.

Cuando el Viático pasaba por un cuartel salían dos soldados y un cabo de la guardia á darle escolta de honor; y lo acompañaba hasta que pasando por otro cuartel sa-

lía otra de éste á relevarla; y si no se daba este caso, entonces la primera seguía con el Viático hasta dejarlo de vuelta en la Parroquia. Todo esto estaba así prevenido por la ordenanza general del ejército. También al pasar frente á un templo, las campanas tocaban á Viático desde que se descubría la estufa hasta que se perdía de vista.

La administración del Sacramento de la Eucaristía á enfermos ricos era una procesión lujosa. La familia del paciente invitaba á sus amigos y á gran número de personas para que concurrieran alumbrando al Viático con velas de cera, desde la Parroquia hasta la casa del enfermo. En la alcoba de éste se preparaba un elegante altar; la casa se llenaba con las familias amigas, que esperaban al Viático con luces y flores; y en el trayecto acompañaba á la procesión una música militar tocando piezas marciales. También iban cantores para responder al sacerdote en los cánticos respectivos. Esas administraciones eran todavía de más rango, cuando el sacerdote que llevaba el Viático en lugar de ir en la estufa, iba bajo de palio, y que en vez de que lo acompañaran los acólitos, hacían los oficios de éstos otros dos ministros del altar.

El domingo llamado del Divino ó Buen Pastor, lo destinaba la Iglesia para que el Viático visitara á todos los enfermos de la ciudad y de los hospitales, aunque no estuvieran enfermos de muerte. Desde la víspera empezaban los vecinos á adornar las fachadas de las casas; el domingo amanecía la ciudad alegremente engalanada, las puertas, ventanas y balcones cubiertos con cortinas; de las canales pendían gallardetes ó lazos con flores, de los pretilos de las azoteas carrizos verdes y banderolas y en las cornisas de las puertas y ventanas, y á la orilla de las banquetas colocaban las más bonitas plantas que adornaban los patios de las casas. Este día salía el Viático en la estufa de lujo; mucha gente alumbraba con velas de cera, los faroles muy adornados, algunos niños

regaban flores en las calles, una música militar acompañaba la procesión y tras de la estufa marchaba una compañía de infantería. Salía el Viático á las ocho de la mañana y volvía á la Parroquia á las doce, para salir otra vez á las cuatro de la tarde hasta las ocho ó nueve de la noche.

En otro lugar dijimos ya como se verificaba la procesión de Corpus-Cristi. Abolidas las mojigangas del siglo XVIII, en el segundo tercio del XIX, revestía esa procesión un carácter de seriedad y lujo que en San Luis la hicieron notable, lo mismo que el Corpus llamado de la Vela Perpetua al que asistían distinguidas personas de la sociedad. Después del palio marchaba la comitiva oficial y tras de ésta la columna militar de honor. En estas procesiones volvía á salir la estufa de lujo, que caminaba vacía en seguida de la tropa, sirviendo de cochero y paje dos de los vecinos principales de la ciudad, vestidos elegantemente.

En las funciones de las Villas suburbias desaparecieron también, casi en su totalidad, las danzas y demás actos ridículos, que las caracterizaron en los tiempos antiguos; pero se estableció la costumbre en las fiestas de San Francisco, San Juan de Dios, la Merced y en todas las dichas Villas, de permitir los llamados jueguitos durante los días del novenario, y como todo lo que es nuevo entre nosotros se acepta con entusiasmo, los dichos jueguitos eran concurridos por todas las clases de la sociedad.

Se veía en ellos á las principales familias al lado de las mesalinas y de los peladitos jugando á la chusa, al carcamán, á la ruleta y á la lotería. Hubo una época en que se hicieron notables cinco ó seis bailadoras de fandango por su bonita cara y por su habilidad para bailar el jarabe y otros bailes populares; una se llamaba Tomasa, otra Elena, y otras eran más bien conocidas por sus apodos como "La Bolañera," "La Codos" y "La Campechana." A estas mujeres las contrataban los empresarios de bailes

públicos en los jueguitos ó las dueñas de puestos de pulque y colonche, y sentadas al lado de los músicos cantaban canciones populares y se paraban á bailar con el primero que las solicitaba, mediante la propina que acostumbraban darles. En aquel tiempo nuestro pueblo no bailaba como ahora el shotis y la polka; todo su baile era jarabe zapateado, la paloma, el corriente, el perico, y otros que sería largo enumerar. Todas esas sonatas tenían su canto particular y sus versos especialísimos, y cuando la bailadora creía llegado el tiempo de terminar el baile á que había sido invitada, despedía al compañero con un verso, y aquél le arrojaba la correspondiente moneda y ambos se retiraban á sus asientos.

Las callecitas que formaban los puestos se veían materialmente henchidas de gente, y en el que cantaba alguna de las bailadoras de fama, se agolpaban los paseantes á aplaudir la agilidad y los bonitos pies de aquella, y á reír con los satíricos, picantes ó colorados versos que cantaba. Los carcamaneros también recitaban al son de los dados, muchos versos del último género, y con todo esto disfrutaba de gran placer nuestra alta y baja sociedad, porque los consabidos jueguitos habían sido inventados en honor del Santo cuyo aniversario se solemnizaba.

Entre los más aceptables que esos tahures rateros recitaban con un sonsonete particular, figuraban estos:

"Tengo una suerte muy negra,  
Decía el Capitán Segovia,  
Quise besar á mi novia  
Y le dí el beso á mi suegra.

Decía mi pasión rendido  
A la mujer de don Blas,  
Cuando llegó su marido  
Y me picó por  
El as, el dos, el tres  
Ya está la suerte encerrada  
Y la dicha *pá* quien es."

Las bailadoras tenían también su variada colección de versos, pero éstas tenían algún cuidado para escoger los que habían de cantar conforme avanzaban las horas de la noche. Desde las ocho hasta las diez ú once que paseaban por los jueguitos familias decentes, cantaban versos cuyo sentido pudiera no ofender el pudor de las señoras; pero de la media noche en adelante que sólo quedaba ya en el paseo la gente de trueno y los calaveras y viejos verdes, entonces se lucían en cantar y dedicar versos deshonestos á sus amigos y pretendientes, acompañándolos con el baile respectivo. Algunos jóvenes aficionados á esa clase de mujeres y á los bailes populares, entraban á esos puestos, y bebiendo y bailando con ellas pasaban el resto de la noche hasta que les salía la luz del sol.

Algunos de los versos de las bailadoras no carecían de agudeza y de chiste. De entre los publicables recordamos este:

“Una mañana muy fría  
No tenía qué cobijarme,  
Subí al cerro y comí tunas,  
Ya tuve con qué taparme.”

Pocos años duró la costumbre de que las familias distinguidas que concurrían á las verbenas de los barrios, hicieran extensivo su paseo á las plazuelas donde se situaban los jueguitos. Se apoderó de esa diversión la gente viciosa y la convirtió en teatro de riñas y de escándalos. Por tal motivo las familias se limitaron, como sucede hasta hoy, á concurrir á las vísperas y maitines que se verifican en los templos, retirándose luego á sus domicilios. Raras son las que suelen entrar á un puesto á cenar, pero para esto es necesario que ya otras estén en él, y sólo lo hacen en dos ó tres de esas verbenas, á cuyos barrios acostumbran ir muchas familias de la ciudad, pues las de los demás, han perdido de tal modo el prestigio, que en lo general se abstienen de concurrir á ellas.